

JUDÍOS, MUSULMANES Y CRISTIANOS

Orlando Díaz Atehortúa



Desde la perspectiva de la fe monoteísta, no hay cabida al exclusivismo religioso pues, éste se cierra al ser y a las oportunidades de los demás. El creyente monoteísta tiene que distinguirse por ser persona de apertura, no pudiendo negarse la oportunidad a la tolerancia y la aceptación del otro tal cual es. Ante la concepción de un Dios, Alá, Yavhé, todos los hombres nos congregamos en el nombre de Él: Amor y sólo este nombre de Él, es quien nos llama a su presencia y a su esencia, como lo hizo con Abraham. En la disposición personal que cada uno tenga al Amor, habrá más oportunidad de acercarnos a ese Dios y en ese Dios no hay lugar al extremismo religioso, o al encierro de cada uno en su dura doctrina. «Vuelvan a su origen, miren la roca, la cantera de donde fueron sacados; miren a Abraham, su Padre, y a Sara, que los dio a luz. Era uno solo cuando lo llamé, pero lo bendije y se multiplicó». (Isaías 51:2)

La regulación monoteísta de: «Amarás al Señor tu Dios sobre todas las cosas», «No robarás», «no matarás», «no harás a otro lo que no quieras que te hagan»... siguen siendo elementos básicos para vivir en una forma trascendente y en sana convivencia; a la vez que son normas importantes para fortalecer nuestra integración comunitaria. Sin embargo, el mismo hombre, no Dios, es quien ha creado limitaciones y barreras a esa convivencia, expandiendo sus concepciones personales y grupales respecto a la vida política, a la vida social, económica, religiosa, etc. impidiendo el logro de esa unión e integración que ese mismo Dios había trazado por intermedio de sus ministros: «Viviré entre ellos, y

yo seré su Dios, y ellos serán mi pueblo» (Ezequiel 37:27). Me asalta la pregunta: ¿Por qué si los hombres fuimos creados en unión perfecta y complementaria los unos con los otros, hemos llegado a extremismos religiosos tales que, aparentemente no podamos vernos, ni tratarnos los unos a los otros? Si por principios de fe, originándonos en Abraham, somos hijos del mismo Padre Dios, ¿Por qué validamos más los vocablos Alá, Dios, Yavhé, que nuestra propia concepción, filiación y fraternidad Teísta? La respuesta no se deja esperar, no nos toleramos; no admitimos que el otro, que es tan diferente a mí, piense y conciba a Dios en la misma forma que yo lo hago.

Seríamos más personas, más humanos, más religiosos, si fuéramos consecuentes con el principio del Corán: «hay que adorar al único Dios, vivo, y subsistente, misericordioso y todopoderoso creador del cielo y de la tierra» y no reconocer que éste es un principio musulmán. Seríamos más lógicos y trascendentes y por qué no, más religiosos, si pensáramos que «algunos de los judíos como ramas naturales del olivo, fueron cortados, en su lugar fuiste injertado tú, que eras como una rama de olivo silvestre, para beneficiarte así de la raíz y de la savia del olivo» (Carta de San Pablo a los Romanos 11:17); así, no nos abstendríamos de hacer este reconocimiento a nuestros hermanos judíos. Seríamos más monoteístas, más cristianos, si pusiéramos en práctica el principio de: «Amaos los unos a los otros» y no aplazáramos para después este mensaje que se hace urgente en nuestra humanidad. De seguro que cambiando nuestra mentalidad subjetiva, por una

mentalidad más amplia, más segura, y más objetiva de nuestra fe, concebiríamos mucho mejor al otro en su realidad, en su historicidad, en su unicidad, en su cultura y no estaríamos esclavizados al divisionismo del juicio, del calificativo, de la disminución, el reduccionismo religioso; con seguridad podríamos formarnos una mejor idea de ese Dios, que hizo al hombre un ser integral, «imagen y semejanza de su esencia» (Génesis 1:26).

Estas tres religiones (judaísmo, islamismo y cristianismo) tienen su origen en este principio: «El hombre es imagen y semejanza de Dios». Pero, de una u otra manera, cada una le ha dado su toque propio para así darle su carácter de exclusividad; además, en nuestro mundo, en el que la identidad del individuo está sometida a unas condiciones de transculturación, inculturación y aculturación permanentes, es imposible pensar en la inminencia de una concepción religiosa.

Debemos procurar la promoción humana, dentro de los principios de la sana convivencia religiosa, de tal manera que cada día y en todo momento se pueda procurar la filiación teísta y la hermandad humanista, para que se dé la unidad en la pluralidad, y esto sirviendo de complementariedad, facilite el acercamiento del hombre al hombre como hermano y verdadero congénere. Esto tiene que partir desde el mundo del otro, aceptándolo como es en lo que piensa y vive, percibiéndolo en su propia identidad, sin el interés subjetivo de excluirlo por ser judío, musulmán o cristiano; es tomar de la mano al otro, para unir fuerzas y elevarlas al cielo, alabando «al único Dios vivo y verdadero». La imagen que proyecta en el hombre el Monoteísmo, tiene que ser la del tejedor que con amor construye y reconstruye el tejido comunitario y social, uniendo los fragmentos dispersos, recomponiendo las relaciones disueltas,

dialogando, rompiendo el silencio acusador y derrotando el miedo a trascender, dándole vía libre a las palabras y ubicando al otro en su lugar, encontrando para todos, espacios y lugares de común adoración, donde podamos encontrarnos hombro a hombro con el otro, libres de presiones; como hermanos y amigos, y no como contradictores y contestatarios.

Así construiremos desde las diferencias religiosas, un mundo sin exclusiones, sin barreras, donde todos ocupemos un espacio como hijos de un único Dios. ●

BIBLIOGRAFÍA

- * CID, Carlos. Historia de las religiones. Barcelona, España : Sopena, 1965.
- * GALLO, G. Gonzalo. Aeróbicos espirituales. Colombia : Cargraphics, 1996.
- * GUERRA, Manuel. Historia de las religiones. Constantes religiosas. Pamplona, España : Eunsa, 1985.
- * ILLANES, José Luis. Ni judaísmo, ni islamismo, ni cristianismo. Sólo monoteísmo. Pamplona, España : Universidad, 1983.
- * KHOURY, Adel-Th. Los fundamentos del islam. Barcelona : Herder, 1981.
- * MESSORI, Vittorio. Cruzando el umbral de la esperanza. Cali, Colombia : Norma, 1994.
- * VAN BREEMEN, Piet S.J. Él nos amó primero. España : Sal Tarrae, 1998.
- * Documentos Concilio Vaticano II. Nostra Aetate. Madrid-España : B. A. C., 1975.
- * Revista Ciudad Nueva, 1998.